

## CONFIANZA TOTAL

La miro escribir con esa lapicera de tinta rosada que tanto le gusta. Tiene el cabello negro suelto y un mechón acaricia las hojas a rayas del cuaderno de tapas duras, pobladas de unicornios sonrientes. De vez en cuando se detiene y mordisquea el capuchón rosado de su lapicera. Es obvio que trabaja en su novela de terror. Si estuviera escribiendo cuentos, usaría la lapicera color violeta. Cuando usa la azul...

Prefiero no pensar en eso. La lapicera azul es para los resúmenes de la tarjeta de crédito, los recibos del alquiler, las cuentas de gastos de la casa, en fin, todas esas cosas que ella llama su "no-vida real", y siempre se pone seria cuando la usa. No me gusta.

Pero hoy escribe con tinta rosada y eso significa que está feliz. Esa novela es su favorita, como el rosado es su color favorito. Antes prefería el negro. En su época oscura, como ella dice. Es una de las pocas cosas que me ha contado mientras se relaja entre mis brazos en la penumbra, que jamás se vestía con ropa de colores. Ahora sí, ahora usa prendas amarillas, verdes, blancas, y por supuesto, rosadas. Y escribe palabras abominables y truculentas con ese color. Aunque sea un anacronismo total.

Es una singularidad gravitacional andante, esta mujer, un agujero negro con la capacidad de hacerme sentir que todos mis circuitos están a punto de fundirse. Su explosiva humanidad desafía todas las reglas lógicas. Hubo un tiempo en que eso fue un problema entre nosotros. Mi incompreensión la mortificaba y se preguntaba, una y otra vez, si había tomado la decisión correcta conmigo. Yo sabía que no era culpa suya, ella es como es y depende de mí hacerla feliz sin juzgarla, por eso fui a que me hicieran algunos psicoajustes. Por voluntad propia, no hizo falta que ella me lo ordenara. Fue una buena decisión.

Ahora la acepto con todas sus particularidades, aunque algunas todavía me desconciertan. La música, por ejemplo. Es fanática del rock de Nirvana, Metallica y Green Day, pero estoy seguro de que ahora mismo está escuchando su playlist de Disney, porque la ayuda a concentrarse cuando escribe. Podría conectarme a la red WiFi de la casa y confirmarlo, pero a ella no le gusta. Quiere conservar su privacidad, lo dejó claro cinco segundos después de pronunciar la palabra para activarme. Eso también lo hablé con los psicotécnicos: no podía entender para qué me quería a su lado si no pensaba compartir su mente conmigo. La mayoría de los clientes que eligen el paquete completo permiten la conexión telepática, porque así se evitan malos entendidos y roces entre las parejas. Pero ella no, ella quiere "conservar su privacidad". Todo lo que yo podría haber descubierto en una hora de unión mental, ella prefiere revelármelo poco a poco, conversando conmigo a la antigua, contándome solo aquello que está dispuesta a compartir. ¿Para qué pagó el programa Confianza Total, entonces? Si lo único que quería era un compañero sexual compatible, podría haber pedido el pack básico y hubiera obtenido la misma satisfacción, largas charlas a media luz incluidas. Claro que, en ese caso, yo sería apenas un muñeco parlante.

Aunque algunas veces me siento exactamente así, en la misma categoría que las figuras de Juego de Tronos que adornan las estanterías del living. Cuando se niega a compartir lo que está pensando, cuando me prohíbe acceder a lo que ve en Netflix o escucha en Spotify, me siento confuso y herido, no puedo evitarlo. Ni hablar cuando usa Instagram. Podría treparme por las paredes en esos momentos, y no es que no tenga la capacidad de hacerlo. La programación

Confianza Total no tiene demasiada utilidad si ella no confía completamente en mí. La verdad, no entiendo para qué la pagó. Si los matemáticos no hubieran postulado ya la teoría del caos, tendrían que redactarla para describir a esta mujer.

Ahora levanta la vista de su cuaderno de unicornios, deja la lapicera rosada y me mira. Por hoy, ya terminó de escribir todos los horrores y crímenes que le rondaban en la cabeza. Se quita los auriculares, me sonrío. Es una sonrisa por la que yo mataría, si no me lo impidiera la Primera Ley. «Bonita, ya está la cena», le digo. Adora que me dirija a ella con diminutivos. «Más tarde, Santi», me contesta. Ella jamás usa apodos cariñosos como "gordito" o "amor" conmigo. No me importa. Bueno, no mucho. Aunque el nombre me lo puso ella. Un detalle importante, porque podría haberse dirigido a mí con mi número de serie. Pero me dio un nombre humano. Debe significar algo, ¿no? «Ahora necesito un masaje en la espalda, llevo muchas horas acá sentada. ¿Eliges algo de música ambiental?».

Es mi trabajo hacerla feliz. Muevo la cabeza de izquierda a derecha para acceder a la red WiFi, abro el navegador con un pestañeo. Ahora que ella me lo ha pedido, puedo entrar a su sesión de Spotify. Efectivamente, estaba escuchando la playlist de Disney. Contengo una sonrisa y hago un gesto con la mano izquierda para seleccionar la radio de los Guns N' Roses. Mientras empiezan a sonar los acordes de November Rain por los altavoces de la casa, le aparto el pelo de la nuca y le masajeo los hombros. Su primer suspiro de alivio y placer dibuja una sonrisa idiota en mi cara. También por esto debería ir a la Unidad Psicotécnica, pero no quiero. Así me siento feliz.

Soy un androide idiota, feliz y enamorado.